

SAN LORENZO JUSTINIANO
Patriarca de Venecia

**TRATADO DE LA
ORACION Y LOS
GRADOS DE
PERFECCION**

Serie
Grandes Maestros
N.º 5

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

TRATADO DE LA ORACION



Con licencia eclesiástica
ISBN:84-7693-203-0
Depósito Legal: B-23515-1992
Printed in Spain

Capítulo I

La virtud de la Oración; diversas definiciones de la misma. Esta virtud merece especial veneración por sus grandes prerrogativas; ocupa, sin duda, el puesto duodécimo entre los frutos del árbol de la vida.

¿Quién me dará alas como de paloma y volaré y descansaré? (Sal. 54,7). Expresiones son éstas propias de un alma abrasada de amor, que desea subir a las luminosas cumbres de la oración de contemplación. Y no es extraño que pida esto con tan grandes deseos, puesto que se siente aherrojada en la carne, contrariada por las concupiscencias, sacudida de muchos modos por luchas que acompañan la presente peregrinación. Al encontrarse en estas circunstancias, se da cuenta de que ni puede colmar sus deseos con la dulzura de la paz interior, ni sentirse iluminada con las luces de lo alto; con todas las fuerzas de que es capaz, intenta sacudirse el yugo de las actividades temporales para sin trabas en los pies y sin plomo en las alas poder avanzar hacia la contemplación de los misterios divinos.

Se siente desconcertada siempre que, al abandonar el puerto seguro de la quietud, se lanza al mar proceloso de los asuntos del siglo; de ahí sus deseos intensos de volver al recogimiento interior; no sufre que se interrumpa por algún tiempo, por breve que éste sea, la dulzura de su paz

y sosiego interior; tan tenaz como deleitoso es su propósito de solazarse en los verdes pastos de la contemplación.

Esto era precisamente lo que había experimentado la esposa fiel del Cantar de los Cantares cuando con tanta insistencia, con tan dulces expresiones es llamada a gritos por el esposo, unas veces con el nombre de hermana, otras de paloma, en ocasiones con la expresión «hermosa mía», para que la abra y se reúna con él; mientras, el alma a la llamada del esposo contesta excusándose, o bien con intención de aliviar su pobreza, o para remediar provechosamente su situación de pecado; contesta con estas palabras: **me he despojado de mi túnica, ¿cómo me la vestiré de nuevo? He lavado mis pies ¿cómo los voy a volver a manchar?** (Cant 87 5,3). Sagazmente al que le invita le descubre las ventajas de su quietud, así como los inconvenientes de la acción; no es extraño que al oírla el esposo se dirija imperioso a los que quieren turbar la devoción del alma en contemplación: **Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, no despertéis, no desveléis al amor hasta que le plazca** (Cant. 2,7). Entonces puede descansar con toda seguridad, regocijarse con tan gran dulzura: arranca de raíz la preocupación por las cosas exteriores, se despoja del afecto hacia los bienes temporales; limpia su corazón de toda mancha con el juego de la santa compunción; lo purifica de todo contagio humano, de modo que con esa libertad, esa limpieza y blancura, pueda penetrar feliz en el tálamo del esposo, recibir los abrazos del amado; sin apartarse de allí hasta que unida en la más perfecta caridad, rebotante de placer, irradiando luminosidad, pueda confesar con toda verdad: vivo yo, mas no yo; es Cristo quien vive en mí (Gal. 2,10).

Suelen añorar éstos las experiencias anteriormente vividas si ocurriera que, o bien por divina disposición, o por pereza en sus prácticas piadosas, o por su entrega al prójimo, se alejan de su acostumbrada y deleitosa medita-

ción interior; recuerdan con qué suavidad y dulzura se unían al esposo y se dedicaban a las cosas de Dios; cómo por medio de la asidua meditación se nutrían deleitosamente de los pastos celestiales y divinos; con esta clase de consideraciones se vuelven hacia el Señor y le piden su ayuda con todo el afán de que son capaces; con frecuencia no pudiendo soportar el entorpecimiento de su corazón ante el recuerdo de los dones anteriores, y sintiendo la ausencia del esposo a quien siguen amando entrañablemente, apelan a la intercesión de los santos y de los ángeles pidiéndoles que con sus ruegos les consigan recuperar el fervor anterior; y así con afectuosos gemidos que les brotan del corazón redoblan su piadoso deseo diciendo: **oh, ¿quién nos dará alas como de paloma?**

Ciertamente si llegáramos a merecer esto, emprenderemos el vuelo por medio de frecuentes oraciones y descansaremos en la plenitud del sumo bien a través de las ansias de contemplación, pues con estos ejercicios nos elevaremos en rápido vuelo desde lo más profundo hasta lo más elevado de donde caímos. No dejen de estimularse con esta clase de exhortaciones todos aquellos que, o han faltado, o se sumergieron en el cuidado de las cosas temporales, o desean arribar al puerto de la quietud; pero se esfuercen especialmente por llevarlas a la práctica los que eligieron una vida de soledad, o determinaron dedicarse sólo a las cosas de Dios. Pues como han rechazado todos los atractivos del mundo y de la carne, si no han llegado a saciar su mente por medio de la interna delectación, es preciso que se debilite en ellos el propósito tomado precipitadamente, y que sirvan al Señor con solo su cuerpo, siendo así que lo que más conviene a su estado es andar en espíritu, tratar de comprender lo espiritual, y con una especie de respiración anhelante ansiar las cosas de Dios y los goces futuros.

¿Pero quién podrá llegar a esas alturas sin la práctica

de la oración y el don de la contemplación? Regalos son éstos de los que buscan la quietud, de los que corren hacia Dios por un encendido deseo de amor por medio de la afición a la oración. Porque así definen y describen los autores la oración: la oración es la conversión de la mente hacia Dios por medio de un piadoso y humilde afecto; o también, la oración es la elevación del entendimiento a Dios; o, es la apertura de nuestra voluntad a aquél de quien esperamos conseguir lo que deseamos; o, la oración es la conversión del alma piadosa a Dios, apoyada en la fe, esperanza y caridad. De esta virtud se hablará más extensamente en los capítulos siguientes; añadiremos después algunas cosas sobre el don de la contemplación, de modo que conocida su excelente dignidad, se encienda el lector perspicaz en deseos de conseguirla no perezosa o superficialmente, sino con todo ardor y a la vez con toda humildad.

Capítulo II

Cuáles son los efectos por los que distingue la virtud de la santa oración.

Así como por los dulces sonidos del salterio o del órgano se reconoce la experta mano del artista, o, por el orden en las ideas y la recta pronunciación de las palabras, se manifiesta la ciencia y la facundia del orador, así por los variados efectos de la oración se deduce su excelencia. Porque siendo como es una gran virtud deben ser extraordinarios los efectos que produce. Primero, esta gran virtud de la oración sana las enfermedades; así leemos en el

Ecles. 38,9: Hijo, si caes enfermo, no te impacientes; ruega a Dios y él te curará.

Estaba enfermo de muerte Ezequías; no se encontraba remedio que le aliviase; volviéndose hacia la pared, lloró, rezó y recuperó la salud. Quiso Dios con el ejemplo de este rey dar a conocer a todos la eficacia de la oración; el hombre afligido por la enfermedad aprende a pedir auxilio a Dios; todos los médicos se mueven por dinero en su oficio de procurar la salud, en cambio el Señor se deja conquistar por una oración pura.

La oración sana las enfermedades del espíritu; es éste el remedio más eficaz para aquél que se ve zarandeado por la seducción del pecado; siempre que se vea atacado por cualquier vicio, recurra a la oración; porque la oración frecuente extingue la fiebre de toda clase de vicios. Como el fuego se apaga con el agua, así los ataques de la viciosa concupiscencia se vencen con la oración.

También la oración es poderosa para triunfar sobre los enemigos de la vida corporal, como aparece claramente en la historia de Moisés (Cfr Ex 17,11); cuando Amalec se disponía a atacar, Moisés subía al monte para luchar no con las armas sino con sus ruegos; de pie, con sus manos extendidas hacia el cielo, oraba fervorosamente: pedía auxilio no a la tierra sino al cielo, de modo que aunque físicamente se encontraba separado de los enemigos, por el ardor de su oración se hacía presente luchando entre ellos. Mediante la oración la lucha de Moisés era oculta, pero su victoria manifiesta; oraba él solo para que muchos se salvaran; pero cesaba Israel de vencer, cuando Moisés dejaba de rezar. Moisés con su perseverancia en la oración aseguraba la perseverancia en la victoria; lucha y victoria estuvieron separadas cuando faltó la continuidad en la oración; así que mientras a aquel pueblo se les mostraban tan diversos resultados, a nosotros lo que se nos enseña es el gran poder de la oración.

Porque ¿qué justo ha luchado sin acudir a la oración? y ¿quién fue vencido por el enemigo si ha empleado el arma de la oración? Por medio de la oración las llamas de Daniel se detienen, las fieras se amansan, caen los enemigos, las fuerzas hostiles son vencidas (cfr Daniel, 2).

También contra los enemigos del espíritu la oración consigue la victoria. Ejemplo de esto tenemos en el Señor Jesús: estando a las puertas de la pasión, presa de angustias de muerte, oraba con más insistencia; quiso tener en la oración la compañía de un ángel, y así reconfortando se presentó espontáneamente ante los enemigos; de modo que vencidos los enemigos aun antes de hacerse presentes, los venciese también cuando los tenía ante su vista. Huyen de la oración los enemigos como de los golpes del flagelo.

Debemos perseverar en la oración mientras dura la lucha; no nos asuste ni la multitud de los mismos enemigos, ni su forma de guerrear, ni sus armas refulgentes como el vidrio: dará la victoria a los que luchan el que dio valentía para orar. Testigo David, cuando dice: **Bendito el Señor que no desechó mi oración, ni me negó su piedad** (Sal. 65,20).

Finalmente la virtud de la oración ilumina al hombre; pues con la oración se solucionan las dudas mejor que con cualquier otra forma de discurso, y lo oscuro se aclara más rápidamente con la oración que con el estudio; a Daniel en oración se le descubren misterios, se le otorgan revelaciones, y lo que a los sabios del siglo les estaba encubierto, se le manifiesta a él en virtud de la oración.

La oración infunde también tranquilidad; dice Job: **si al despuntar el día levantas tu mente al Señor Omnipotente y le diriges tu oración, al punto te atenderá y derramará la paz sobre tu tienda** (Job 8,6). ¿Cuántas veces, oh hombre, te veas envuelto en luchas o trabajos, recurre en seguida a la ayuda de la oración, insiste con ruegos, pide

con gemidos, suplica con lágrimas, porque en la medida que muestras empeño en el orar, recuperarás la gracia perdida, saldrás de la oración rebosando tranquilidad; no la busques en otra parte fuera de la oración; más aún, cuando la ira perturba tu espíritu, intenta sojuzgar tu mente y te quita la calma, acógete al refugio, sube al monte de la oración, allí al abrigo de todo contacto, gozarás de gran paz.

La oración aplaca a Dios y a modo de escudo protege de la ira divina, pues ésta es función propia de la oración: por su medio se detiene la mano airada de Dios, se aplaza su venganza, se consigue el perdón, se aleja el castigo, se consiguen abundantes recompensas; el que ora, habla con Dios, conversa con el juez; se le muestra presente aquél a quien antes no podía ver por la confusión de su mente; la oración le introduce en los secretos del juez; en la oración nadie se siente rechazado, sólo aquél que en la misma se conduce con tibieza. ¿A qué insistir más? Porque la oración es refugio para el alma santa, consuelo para el ángel bueno, tormento para el diablo, obsequio agradable a Dios, muerte de los vicios, madre de las virtudes, solaz en esta peregrinación, espejo del alma, fortaleza de la conciencia, camino de conocimiento; la oración nutre la confianza, estimula la caridad, es alivio en la fatiga, causa de compunción, puerta del cielo, enemiga mortal de los malos pensamientos, recogimiento del alma distraída; aviva el fuego de los afectos, imita el oficio de los ángeles, es prenda segura de todos los bienes espirituales; el que logre perseverar en ella, no podrá perecer.

Capítulo III

Cómo deben ser los que desean entregarse a Dios en la oración; doble preparación para la misma.

Todos los que desean presentarse ante un rey terreno deben prepararse, de modo que ni en su porte exterior ni en sus palabras, se halle cosa desordenada que pueda contrariar el ánimo del príncipe; con mucha mayor razón deben procurar esto los que quieren acudir a la presencia del rey de los ángeles y de los hombres. Por eso, para que los que desean entregarse a la oración conozcan bien cómo deben comportarse, trataremos de explicar convenientemente ahora qué disposiciones previas han de llevar a ella.

Primero conviene saber que la preparación para la oración es doble, remota y próxima. La preparación remota es ante todo la vida ejemplar del que pretende orar; porque ayuda mucho en orden a la perfección de la oración, el que en todo lugar, en el momento actual y a lo largo de la vida anterior nos abstengamos de acciones pecaminosas, obedeciendo a los mandamientos divinos; que mortifiquemos siempre nuestros oídos y nuestras lenguas, evitando conversaciones ociosas; porque todo aquello que solemos realizar con mucha frecuencia, hablando u oyendo, es lo que acude a nuestro ánimo como a su propia sede; así como los cerdos acuden a los revolcaderos pantanosos, las palomas, por el contrario, a límpidos arroyos, así los pensamientos impuros turban la mente; la vida intachable purifica el espíritu y lo santifica, y vuelve, por consiguiente, aceptable la súplica del que ora.

En cambio, no es extraño que el Señor tarde en escuchar al pecador que apenas o quizás nunca tiene en cuen-

ta los mandamientos divinos; no podemos tener confianza en nuestras oraciones los que somos negligentes en observar sus mandatos; no es justo que consigamos lo que pedimos si nos sigue agradando el recuerdo de nuestros pecados; que no pretenda conseguir el hombre pecador el bien que pide a aquel cuyas leyes desobedece; sería contra toda justicia.

Procure vivir, por tanto, según la ley de Dios el que quiera que sus deseos sean atendidos.

En cuanto a la preparación próxima, es conveniente que el espíritu se aparte de las cosas exteriores y se concentre en su interior; a esto se refiere el Señor cuando dice: **tu, en cambio, cuando quieras rezar, entra en tu cuarto, echa la llave y reza a tu padre** (Mt 6,6). Por tanto antes de orar se debe purificar el espíritu; se ha de desembarazar de pensamientos en cosas temporales, de modo que con pureza de miras se oriente verdadera y sencillamente a las cosas del espíritu, pues lejos está aún de Dios el que en la oración se halla entretenido con pensamientos del siglo. Por eso la mente de los elegidos si observa en sí algún pensamiento propio de la vida presente, lo purifica con el fuego de la penitencia y no permite que sus pensamientos anden extraviados; cuanto mayor es el fervor con que se presenta ante Dios por la oración, tanto mayor será el empeño que pondrá el que ora concentrarse en sí mismo; sin lugar a duda, no podrá entregarse a Dios el que se halle frívolamente entretenido fuera de sí.

Pertenece también a la preparación próxima el conocimiento propio, de uno mismo. Por eso, continuamente debemos situarnos en presencia de Dios, como cara a cara, y a su luz, examinar, deplorar, llorar las torpezas que hemos cometido; y no dejemos de considerar qué es lo que en nosotros es obra de la naturaleza, de la culpa, de la gracia; inútilmente pretenderemos elevar hacia Dios los ojos de nuestro corazón, si aún no estamos dispuestos

a mirarnos a nosotros mismos; en efecto, primero debemos conocer lo invisible de nuestro espíritu, antes de intentar conocer lo invisible de Dios; si no somos capaces de conocernos a nosotros, no osemos alcanzar las cosas que están sobre nosotros; el espejo más apropiado y más importante para ver a Dios es el alma racional que se mira a sí misma.

También entra dentro de la preparación próxima el mirar con atención a aquél a quien se ofrece el obsequio de nuestra oración; **deteneos**, dice el Profeta, y **reconoced que yo soy Dios** (Salm. 46,11), Dios, resplandor que nunca palidece, vida que nunca muere, fuente siempre manando, semillero engendrando siempre vida, principio de la sabiduría, principio también de donde toma su origen toda bondad. Tan grande es su excelencia, tan excelsa su inmensidad, que lo llena todo, lo mantiene todo, lo abarca todo, lo sobrepasa todo, todo lo conserva; y no pensemos que por una parte sostiene todo y por otra lo supera; ni que por una parte lo llena y por otra lo abarca, sino que abarcando llena, llenando abarca, sosteniendo supera, superando sostiene; gobierna desde arriba sin alterarse, lo penetra todo sin que por ello deba encogerse, y el que no se encuentra en ningún sitio por su figura corporal, de ningún sitio está ausente por su naturaleza espiritual. Con razón, por tanto, hemos de presentarnos ante él, atenta y humildemente por medio de la oración ya que por su dignidad se eleva sobre toda criatura. En la medida en que nos esforcemos por comprender quién es Dios y cuán grande es, aumentará nuestra devoción al ofrecerle el obsequio de la oración.

Capítulo IV

Impedimentos de la oración; ¿por qué Dios a veces no la escucha?

Así como el que cultiva la tierra debe arrancar con destreza de raíz las malas hierbas para poder cosechar frutos más abundantes, del mismo modo el que aspire a gustar las mieles de la devoción en la oración, deberá apartar con todo empeño los obstáculos que lo impiden; en vano intentará arribar al puerto de la oración el que no se esfuerce por evitar los escollos que encuentra a su paso: y esos escollos o impedimentos pueden ser de muchas clases.

En primer lugar es obstáculo para la oración el pecado. Dice Isaías (59,2-3): **aunque multipliquéis vuestras preces, no las escucharé: porque vuestras manos están llenas de sangre.** También en Jeremías leemos: **hemos pecado, hemos sido rebeldes, por eso no nos escuchaste** (Lament 3,4-2). El Dios Omnipotente no escucha con frecuencia en la tribulación la oración de aquél que en sus obras no tuvo en cuenta los mandamientos del Señor; es lógico que no participe en los beneficios de aquel a cuyas órdenes no quiso someterse. Así pues, el que desee que el Señor escuche sus oraciones, procure antes obedecer sus mandatos; se llenará el corazón de confianza y sentirá atendidos sus ruegos aquél cuya vida esté de acuerdo con lo que busca en la oración.

Otro inconveniente en el que ora es la duda; se reconoce indigno de las bendiciones del cielo el que acude con ánimo dudoso; es impropio que el alma se debata entre dudas cuando ora, teniendo tantos motivos para estar seguro de que serán escuchados sus ruegos. Tenemos en

el cielo a Jesús, el Señor, mediador de los hombres, nuestro redentor, nuestro hermano; a él se dirigen nuestras súplicas; él ora en favor nuestro con sus palabras, sus afectos, con su sangre; el ofrece al Padre, interpellando siempre por nosotros, la humanidad que por nosotros asumió; y no podrá rechazar al que ora con fe el que se presenta intercediendo siempre por nosotros.

Otra cosa que impide la eficacia de nuestra oración consiste en pedir lo que no se debe pedir. En efecto, el que pide a Dios por las necesidades de esta vida, o por cualquier otra causa, providencialmente no es escuchado; decimos providencialmente, porque Dios concede cosas mejores que las que se le piden. Como, por ejemplo, suele suceder a los niños que piden a Dios que no los castiguen en el colegio, y no se les concede esto que sería contra su verdadero provecho.

También la indignidad de aquel por quien se ora puede hacer infructuosa la oración; leemos en Jeremías: **no ruegues por este pueblo, ni me alabes en su nombre, pues no escucharé** (cfr. Jer.14,11). Los santos son escuchados cuando oran por sí mismos, según la promesa del Señor: **cualquier cosa que pidáis en vuestra oración, la obtendréis** (Mc 11,24); pero no siempre cuando oran por otros, ya que si no cesan de pecar, presentan ante Dios lo que invalida la oración que por ellos se hace; los malos pensamientos que a su mente afluyen impiden en gran manera que su oración sea escuchada; con razón no merece ser escuchado el que enredado en pensamientos torpes, ni siquiera alcanza a comprender qué es lo que pide; por eso con todo empeño se deben desterrar los pensamientos malos y superfluos (vanos) para que no destruyan el fruto de nuestra oración; pues aun cuando no pueden arrancarse de raíz del corazón al tener su estímulo en el mismo corazón, siempre se pueden combatir para que no desemboquen en actos pecaminosos. No caerá en el pecado que

se comete con la obra el que cercene en su mente los incentivos de los vicios en el momento en que brotan, y estrelle contra las piedras a los (todavía) niños de Babilonia; con esos estímulos como a través de ciertos escalones van cobrando fuerza toda clase de pecados: el mal pensamiento engendra el deleite; el deleite da origen al consentimiento; el consentimiento a la acción; ésta produce la costumbre; la costumbre, la necesidad, y la necesidad ocasiona la muerte. De donde se deduce que cortada la raíz del pensamiento, todo el árbol del pecado se seca; y derribado éste, puede volar al cielo la oración pura del que suplica, y conseguir del Señor lo que desea.

Otro obstáculo para la eficacia de la oración es el rencor por la injuria recibida; dice la Sagrada Escritura: **perdona a tu prójimo el agravio, y en cuanto lo pidas, te serán perdonados tus pecados** (Eccl. 28,2); dice el Señor en el Evangelio: **cuando os pongáis de pie para orar, perdonad si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre os perdone vuestras ofensas; mas si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas** (Mc 11,2-5). Así pues, de nosotros depende todo este asunto: el que nuestra oración sea escuchada, y también cómo será el juicio que se nos hará a nosotros; pues para que ningún ser humano, por irracional que sea, tratándose de delitos tanto grandes como pequeños, pudiera lamentarse de que el Señor se haga fiador del cumplimiento de aquella sagrada sentencia «como tú mismo juzgares, así yo también te oiré y te juzgaré, porque si perdonas a tu compañero, tú también conseguirás de mi parte el mismo favor».

Ciertamente no hay en modo alguno igualdad total; porque perdonas tú que necesitas perdón; Dios por el contrario perdona sin que él tenga necesidad de perdón; tú perdonas a tu consiervo, Dios a su siervo; tú eres reo de mil pecados, Dios está libre de toda culpa; y sin em-

bargo, de ese modo manifiesta la abundancia de su misericordia. ¿Qué castigo merecemos si a pesar de darnos el Señor tal potestad, traicionamos nuestra oración y nuestra misma salvación? Nada hace nuestra oración tan eficaz como el que tratemos con mansedumbre a los perversos que nos injurian; igualmente el que comete pecado pone de su parte la principal causa para que su oración no sea escuchada; de dos maneras por tanto se puede impedir que la oración sea eficaz, a saber si el que ora continúa obrando mal, y si no perdona al que le ha ofendido. **Si uno ora y otro maldice, ¿a cuál de los dos escuchará el Señor?** dice la Escritura (Eccl. 34,29). Si ninguna medicina es provechosa mientras el puñal permanece hundido en la herida, así de nada sirve la oración a aquel cuya voluntad sigue entregada al pecado, o cuya mente abriga odio al prójimo.

Otro obstáculo no pequeño en orden a conseguir lo que se pide es la escasa intensidad del deseo; porque nuestro Señor que conoce el peso y medida de su clemencia, a veces no escucha al que ora, para probarlo y estimularlo más y más a que ore, para así probado por el fuego, se volverá más justo, y más encendido su deseo de orar.

Es claro que lo que hace eficaz nuestra oración ante el Señor, no son nuestras palabras sino nuestros deseos; porque en lo que atañe a la vida eterna, si la pedimos con los labios, pero no la deseamos con el corazón, gritando, callamos; en cambio si la deseamos con todo el corazón, aún sin decir nada, estamos gritando.

A veces la Divina Providencia se porta con nosotros de forma que retrasa el escucharnos; esto nos resulta provechoso; él está dispuesto a concedernos generosamente lo que pedimos, pero quiere que aprendamos a desear las cosas grandes con grandes ansias; en efecto, cuanto más lejos se encuentra lo que se ama ardientemente, tanto

más se vigorizan los deseos del que espera; y tanto más dulce sabe y más diligentemente se conserva lo que se consigue, cuanto por más tiempo ha permanecido el que ora pendiente en medio de sus ruegos.

Finalmente la falta de perseverancia en la oración impide grandemente su eficacia. Pues no reúne las características de una virtud sólida, ni conseguirá el favor que pide, la oración que no esté acompañada de un amor continuo y perseverante. Por tanto, oh hombre, no desfallezcas en tu oración por la inconstancia; Dios lo que va a conceder, aunque se retrasa, no te lo niega; no obra con ligereza el que te lo prometió, ni cambia fácilmente de parecer; lo que te prometió es seguro, no puede fallar; puede dar porque tiene mucho de donde sacar. Persevera por tanto varonilmente en la oración si quieres conseguir sus frutos.

Capítulo V

Trata de aquellas cosas que preparan al alma para la oración y que la hacen más eficaz.

Los que desean declarar la guerra a enemigos visibles necesitan de una parte conocer cómo pueden evitar los engaños del enemigo y descubrir sus artimañas; de otra, examinar con qué clase de fuerzas y con que táctica pueden quebrantar su contumacia; lo mismo ocurre en el combate espiritual: pienso que no se debe ignorar nada de lo que con él tiene alguna relación.

Porque es sumamente aconsejable conocer bien cuáles son las cosas que se oponen a las virtudes; sin embargo no

lo es tanto si no se explica también cuáles son los medios que facilitan la adquisición de esas virtudes.

La huida de los vicios y la práctica de las virtudes son dos cosas que vuelven esforzado y dispuesto al soldado de Cristo, y digno de todo aplauso ante los ciudadanos del cielo. Como de este asunto ya se ha hablado mucho en el capítulo anterior, al enumerar las cosas que impiden la eficacia de la oración, ahora tratamos de explicar para gloria de Dios y provecho de nuestros lectores lo que puede proporcionar alguna ayuda a los que oran, de forma que su oración sea grata al rey celestial y a ellos provechosa. Pues no deben desconocer estas cosas los que sirven a Dios y sobre todo los que desean correr hacia El por medio del estado de quietud y el deseo de oración; si esto ocurriere es de temer que sus esfuerzos por lograrlo sean inútiles.

Por tanto conviene saber y grabar bien en la memoria que para que la oración sea bien recibida y para que el ánimo del que ora esté bien dispuesto para orar, es de suma importancia la pureza o limpieza de corazón: **bienaventurados los limpios de corazón**, dice el Señor, **porque ellos verán a Dios** (Mt. 5,2). Dios es inefable; el que quiera verle, que limpie su corazón; porque no tiene imagen alguna con que pueda representársele al que duerme, ni tampoco figura corporal con que pueda mostrarse al que está en vela, ni puede aprehendersele a fuerza de reflexión o elucubraciones de la razón; puede, sí, ser captado y ser visto por un corazón limpio que ama con humildad.

Aarón no entraba al santa sanctorum sin antes haberse lavado por tres veces (Ex. 40,12).

Es así mismo un medio muy apto para la oración la soledad; leemos en Oseas: **la llevaré al desierto y le hablaré al corazón** (Os. 2,14). Porque mientras nuestro ánimo está inmerso en el barullo de las gentes y se ve envuelto

en los vaivenes de las multitudes, no puede dedicarse a solo Dios ni logra apartarse del mundo. Por tanto, si estás decidido a entregarte a Dios, busca la soledad, huye del trato con los hombres, evita el estrépito alborotado de las conversaciones humanas, para que te mantengas fiel solamente a aquél a quien has elegido de entre todos; tu esposo es un amante pudoroso, no quiere manifestar en público sus secretos.

Prepara también no poco para el don y el gusto de la oración y de la contemplación, el ejercitarse en obras de la vida activa. De ahí que el que consigue progresar en la vida activa, puede remontarse con facilidad a la contemplativa y es normal que vaya ascendiendo hacia ésta el que se ejercita con provecho en aquélla. Por tanto, el que quiera subir al hermoso alcázar de la oración de contemplación, deberá antes en la llanura ejercitarse en la práctica de las buenas obras, para que pueda pasar a la quietud; comprobar, por ejemplo, si soporta con paciencia las injurias que recibe del prójimo, si su espíritu logra desasirse con alegría de los bienes temporales que se le ofrecen; si sufre desconsoladamente cuando se los quitan; si cuando logra concentrarse de nuevo, en las mismas cosas espirituales que busca, le persiguen aún las sombras de las cosas que pasan, o quizás al sentirse arrastrada, sabe apartarlas de su mente con habilidad y discreción. El que es sensible a estas cosas y se deja influenciar demuestra que no se encuentra suficientemente purificado en las obras de la vida activa, y por tanto que no está maduro para entrar en la soledad y paz que pide la santa oración.

Igualmente la aflicción y las tribulaciones sobrellevadas con paciencia, disponen en gran manera a la mente para la oración. Se lee acerca de esto en el Deut. 8,3: **El te afligió, te hizo pasar hambre, y te alimentó con el maná.** Primero abrasa las escorias del corazón con la tristeza y la tribulación; se disipan las tinieblas de los vicios;

después con rapidez y profusión se iluminan las inteligencias con una luz sin sombras, y se ve inundada el alma con el gozo de una cierta seguridad; al sentir las deficiencias de la vida presente, se encuentra como arrebatada fuera de sí hacia una vida totalmente renovada. Allí se siente cubierta con el rocío inmenso de una luz superior; allí se contempla impotente para lograr aquello hacia lo que ha sido arrebatada, y ve la verdad con este sentimiento; porque no acaba de percibir la grandeza de esa misma verdad, ya que cuanto más se aproxima, más lejos de ella se siente, y es que si no la contemplase de algún modo, no sentiría el no poder verla.

El silencio es otra cosa que ayuda también para conseguir este gran bien de la oración. Gustosamente se dirige la palabra al que espera callado; de donde resulta que mientras se alimenta con ella, no busca sustento terreno, pues no es posible que el que saborea la deleitosa suavidad del Salvador, desee a la vez el pan de este mundo; desprecia totalmente la preocupación por lo corporal el que busca el alimento de la oración, y no apetecerá hablar mucho con los hombres el que se sacia de divinas consolaciones en la oración, pues la oración es de tal naturaleza que llena la mente de gozo, ilumina el espíritu con luces sobrenaturales y calma lo más íntimo de nuestro ser con meliflua suavidad.

También el ayuno y la abstinencia elevan al alma hasta las cumbres de la oración; porque nada hay más sublime, nada más poderoso que un hombre en oración; pues bien, el que ora ayunando dispone de dos alas con que remontarse para escudriñar lo celestial y divino; no anda errante ni aturdido, ni puede desfallecer. Pero aunque el ayuno elimine las enfermedades de los vicios, cercene las pasiones de la carne, expulse las causas de los pecados, sin embargo no devuelve la salud a las almas sin el ungüento de la devoción, sin la práctica de la oración y no

deja al corazón desasirse de lo terreno; la quietud y desasimiento al favorecer la oración, convierte al que lo posee, el alma de oración, y lo pone en camino de la contemplación; porque nunca va unida la contemplación a la agitación, y no puede una mente inquieta y turbada penetrar en las cosas espirituales, lo que a duras penas puede conseguirlo una mente tranquila; así como los rayos del sol no se ven cuando se levantan las nubes que oscurecen la vista del cielo, y como tampoco el agua enturbiada de la fuente reproduce la imagen del que se mira en ella, así un corazón inquieto tampoco puede contemplar en el espejo de la oración el amor de Dios. Trate de conseguir por tanto la quietud de la mente y el don de la paz, el que desee embriagarse con la abundancia de los goces que se conceden en la oración, porque no puede sentirse atraído por el influjo de la íntima contemplación si no ha logrado acallar por la posesión de la quietud el barullo de los deseos terrenos.

Capítulo VI

En qué sitios y en qué tiempos conviene orar.

En cuanto al lugar, ya lo insinúa el Apóstol cuando dice: **Quiero que oréis en todo lugar elevando hacia el cielo unas manos piadosas** (1 Tim. 2,8). Porque no debe buscarse tanto el lugar como el sentimiento y la actitud. Jeremías en su oración es confortado estando en la cárcel; Daniel se siente transportado de gozo entre leones; los tres niños bendicen a Dios en el horno, exultantes de alegría; Job triunfa desnudo en un muladar; el ladrón mereció el paraíso en la cruz.

Como no hay un solo lugar donde no esté Dios, en todas partes se le debe dirigir la oración. Donde se encuentra el peligro, allí debe buscarse el auxilio; no hay por qué buscar un lugar determinado cuando nuestro afecto proviene de Dios y nos impulsa hacia Dios.

Con todo, tres son los lugares especialmente señalados para orar: primero, un lugar retirado: de él dice el Señor: **Tú, cuando ores, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre** (Mt. 6,6,). Pues el que ora correrá menos peligros de distracciones con vanos pensamientos, cuanto más se aleje del trato con los hombres, como también tendrá menos peligros de avaricia el que no mira lo que excita sus apetitos; Y teniendo en cuenta que es sumamente agradable habitar consigo mismo y hablar familiarmente con Dios, evita, si quieres orar, las multitudes, huye de los hombres, aunque sean pocos, hasta si se trata de uno sólo; de este modo podrás dirigir tus ruegos al Señor sin perjuicio por tu parte, sin respetos humanos.

Y si tuvieses que orar en presencia de los hombres no lo hagas en voz alta ni a gritos, sino procura aplacar al Señor con una conciencia recta, porque El no atiende a las palabras sino al corazón. Al orar no hagas gestos extraños que puedan percibir los que te rodean; no levantes las manos, ni eleves los ojos, sino en la intimidad de tu oración llenarás el cielo con tus clamores.

No cabe duda de que el templo material es el lugar más idóneo, consagrado precisamente como lugar de oración; de él se dice: **mis ojos estarán abiertos, y mis oídos atentos a la oración de aquél que entre en este lugar** (3 Reg. 8,29); **porque he elegido y santificado este lugar para que esté allí mi nombre para siempre y allí permanezcan mis ojos y mi corazón todos los días** (2 Paral. 6). En efecto el Señor Jesús frecuentaba el templo para enseñar y orar en él, pues nada más congruente que él como buen hijo visitase la casa de su padre. Por tanto nosotros, si-

guiendo el ejemplo de Jesús, cuando entramos en una ciudad, en un campamento, en un monasterio, antes de hacer otra cosa, en el mismo momento de la entrada, nos acerquemos a la iglesia, entremos en el templo, y allí ofrezcamos los votos de nuestras oraciones y el sacrificio de nuestra acción de gracias, de modo que al salir de allí, nos sintamos reconfortados y dispuestos a realizar los otros asuntos.

Finalmente un tercer lugar muy apropiado para orar es el templo espiritual, es decir, un corazón limpio y puro, del cual dice el Apóstol: **el templo santo de Dios que sois vosotros** (1 Cor 3,17), en este templo oramos con el espíritu, oramos también con la mente; porque esta clase de oración brota del corazón, no de los labios, ya que el Señor no se fija en las palabras del que reza, sino que mira su corazón; ¿de qué sirve el murmullo de los labios en la oración, si el corazón permanece mudo? Así como el ruido de la voz sin la debida pronunciación resulta molesto a los oídos de los hombres, así la oración sin devoción no puede ser oída por el Señor. Ciertamente ora en espíritu y en verdad el que une al amor la compunción y expresa entre gemidos su ardiente caridad; no podrá ser infructuosa la oración que procede de un corazón lleno de amor y de pureza.

En cuanto al tiempo en que debemos orar, es evidente que siguiendo el consejo del Salvador se ha de orar siempre: **es necesario orar siempre sin desfallecer** (Lc 18,1). No debe el discípulo de Cristo arrojar sus armas mientras dura la pelea; por tanto, como, mientras vivimos, estamos empeñados en una lucha continua, oremos sin interrupción, ya que nada hay tan poderoso para quebrantar la furia de nuestros enemigos como la práctica de una oración perseverante. Hay ciertamente ocupaciones que no permiten esta continuidad; no por eso se ha de abandonar la oración, sino que se podrá entreverar en nuestras

obras; aunque se puede asegurar que está invocando al Señor a grandes voces el que calla con los labios pero muestra su constancia en el bien obrar.

Debemos con todo esforzarnos para que al menos en el comienzo de cada obra, recurramos a la oración pidiendo la ayuda de Dios; el soldado no debe iniciar el combate sin la protección de sus armas; del mismo modo el cristiano no debe iniciar cosa alguna sin la armadura de la oración. Que el arma de la oración acompañe al que sale de casa, al que regresa de la calle; camine con el que camina, trabaje con el que trabaja; que el cuerpo no descanse en el lecho sin que se recupere antes el espíritu por medio de la oración.

Capítulo VII

Dos clases de oración, fructuosa e infructuosa; subdivisión de las mismas

Nos enseña S. Pablo que son diversos los dones del Espíritu que se han dispensado a los fieles, y que sin embargo es un solo Espíritu el que distribuye a cada uno como él quiere (1 Cor. 12,6). De modo parecido podemos confesar que hay diversos géneros de oración, que bajo un solo acto de oración se ofrecen por todos, y aunque lleven distintos nombres, forman como un solo cuerpo de virtud, como se comprenderá más fácilmente en las líneas que siguen.

Por tanto es necesario saber cuidadosamente que dos son las especies de oración y diversos los efectos de las mismas: la oración puede ser fructuosa e infructuosa; de ésta última se pueden dar cinco clases.

La primera es la que se hace con los labios sin que intervenga la mente; de ésta dice Isaías (cap. 29,13); **este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí**; de nada sirve invocar a Dios sólo con los labios, por el contrario cuando en la oración concuerda la voz con la intención, toda ella es armonía y suavidad, al expresarse lo mismo con la lengua que con el corazón; si estas dos cosas discrepan y van por caminos distintos, no pueden ofrecer a Dios una agradable melodía; no puede sonar bien a los oídos del Señor lo que viene a resultar por su disonancia un ruido confuso.

La segunda clase de oración infructuosa es la que se hace precipitadamente y sin previa reflexión, como le ocurrió a Elías (Cfr 1 Reg. 19,4), que pidió al Señor que le enviase la muerte; por tanto el que se dispone a rezar debe examinar qué es lo que puede pedir; si una petición desconsiderada hecha a un rey terreno es rechazada, se desprecia, con mayor razón la que se dirige a Dios de ese modo. Recójase por tanto el alma antes de hacer su petición, no sea que al pedir irreflexivamente se vea desechada por Dios; no se conseguirá lo que se pide si no se ha pensado y pesado en la balanza de la reflexión.

En tercer lugar es infructuosa la oración cuando se pide algo que va contra la salvación, como lo manifiesta el caso de S. Pablo (Cfr. 2 Co. 12,8) que pedía se le quitase el aguijón de la carne. Parecido es el caso de los Zebedeos (Mt. 20,22) a los que dijo el Señor: **no sabéis lo que pedís**. Por la misericordia de Dios iban a ser colocados a la derecha de Cristo, y ellos con su desafortunada petición reclamaban un puesto a la izquierda con los condenados; su oración, gracias a Dios, no fue escuchada sino rechazada y reprobada.

En cuarto lugar está la oración presuntuosa como la del Fariseo que presumía de sus buenas obras (Cfr. Lc. 18,11). La oración de éstos es abominable ante el Señor, y

no merece ser escuchada. Así como la oración fervorosa y humilde penetra sin género de duda en los cielos y de allí no puede volver vacía, así también la oración del presuntuoso nunca es oída, más bien resulta tan desmesurada que al punto es rechazada; por justo juicio de Dios sucede que pierde con frecuencia lo que podía conseguir el que con atrevimiento o altanería de espíritu, se lanza en un arrebató a coger lo que es incapaz de tocar con su mano.

La quinta puede tacharse de ridícula, cuando el hombre pide a Dios lo que no le conviene; como si el ladrón que se dispone a robar le pidiese a Dios que todo le salga bien, o el que va a fornicar hiciese la señal de la cruz para no ser sorprendido: ¿merecen que se les escuche? De ningún modo, es más, puede que se los sorprenda y capture con más probabilidad, puesto que Dios no suele proteger a los delincuentes.

La oración fructuosa puede dividirse así: súplica, deprecación, meditación, oración, acción de gracias y contemplación.

La primera, postulación o súplica, se ordena a conseguir bienes temporales necesarios para esta vida, por ejemplo, la tranquilidad de la paz, la salud corporal, el buen tiempo, y cosas parecidas. En todos estos casos Dios aprueba la buena voluntad del que pide, pero hace lo que juzga más conveniente, porque el médico sabe mejor que el enfermo lo que a éste le conviene; esta clase de oración se ha de practicar con piedad y fidelidad, sin insistir tenazmente en ella, pues con frecuencia el hombre puede emplear mal aquello que quiere recibir, y por eso Dios misericordiosamente no se lo concede; ya que si pide algo que le puede perjudicar es mejor que el Señor no le escuche; es cosa de temer especialmente que lo que Dios podría conceder movido por su bondad lo conceda por el enojo a que le provocamos.

La deprecación es una angustiosa insistencia ante el

Señor en nuestras prácticas de piedad; en ésta se ha de insistir con toda humildad y paciencia, pues sólo produce fruto si se hace con paciencia. Porque sucede frecuentemente que cuando uno no recibe en seguida lo que pide se le hace el cielo como de bronce, y cuando por la dureza del corazón humano dejado a sus propias fuerzas no merece ser escuchado según su deseo, el que así reza piensa en su angustia, que se le niega lo que solo se difiere. Todo esto pasa por una maravillosa providencia del Creador, para que los deseos con la dilación crezcan y así sea mayor el provecho; que se enciendan sus deseos hacia aquello que se va a recibir. Ciertamente el que así pide se crece en esa lucha, de suerte que a la hora de la retribución recibirá mayores premios; si la costosa lucha se alarga, será mayor la corona de la victoria, y la dulzura y la suavidad que se disfrutarán serán más intensas en la medida en que haya sido más prolongada la súplica anhelante, cuando se consiga finalmente lo que se pide.

La meditación es la determinación de la mente que se aplica con insistencia y con empeño a tratar de descubrir algo, intentando por diversas vías elevarse siempre hacia mayores cumbres; es así mismo una solícita mirada del alma que se entretiene gustosamente en la búsqueda de la verdad.

Hay tres clases de meditación: una que se centra en las criaturas, otra en las Escrituras y otra en las costumbres. La primera procede de la admiración, la segunda de la lectura, la tercera del examen o revisión.

La oración es el deseo afectuoso del hombre que quiere unirse íntimamente con Dios; es una conversación familiar y piadosa con él. Este deseo afectuoso y puro de la oración y esta suave inclinación no son fruto del esfuerzo, sino que se presentan cuando de repente interviene la gracia. Esto les ocurre a veces a los principiantes cuando su espíritu, todavía inmaduro, se siente elevado a un grado

de oración que suele concederse a los perfectos como premio a sus méritos y a su santidad. Cuando suceden estas cosas la consecuencia puede ser: o que el negligente pueda averiguar para su discernimiento cuáles son sus fallos, o que ese desafío de la caridad que se manifiesta en él por encima de lo que a él le corresponde, encienda más ese amor. Sin embargo puede ocurrir que se llamen a engaño muchos pensando que, al sentirse alimentados con el pan de los hijos, ya son hijos sin más, y así reciban daño en aquello que les debía ser provechoso; que se enorgullezcan en su interior creyendo que con la gracia que han recibido ya son algo, cuando en realidad nada son.

La acción de gracias es un continuo y constante impulso de la buena voluntad que recuerda con reconocimiento los beneficios de Dios. Ningún deber más necesario que el dar las gracias por los dones recibidos, porque al darlas te haces merecedor de otros mayores, al demostrar que no se borran de tu corazón. Aprende, oh hombre, a no retrasar tu acción de gracias al Señor; aprende a agradecerle cada uno de sus beneficios; piensa con cariño en los favores que el Señor te dispensa, de modo que ninguno de sus dones se frustre por no haber sido debidamente agradecidos; consigue que se le favorezca continuamente el que tiene siempre ante sus ojos el beneficio recibido. Pero además se siente invitada a cosas más importantes el que tiene costumbre de dar las gracias por cosas pequeñas; y puede esperar nuevos beneficios en el futuro, el que reconoce los que ha recibido en el pasado. Por lo cual, oh Señor Jesús, aunque nunca te podré tributar las debidas gracias por los bienes que de ti he recibido, al menos no dejaré de confesar por todas partes, que soy incapaz de tributártelas debidamente; esta humilde confesión es una elemental acción de gracias.

Capítulo VIII

En qué aspectos aventaja la vida contemplativa a la activa

Los niños acostumbran a elegir las cosas guiados por los sentidos; en efecto, no captan nada si no lo ven hermoso a la vista, agradable al oído, atractivo al olfato, sabroso al gusto, suave al tacto. Pero el hombre espiritual lo examina todo, y estimando en poco estas cosas, encuentra su gozo sólo en la consideración de las cosas espirituales. Por lo cual, como el presente tratado sólo está pensado para aquéllos que se dedican a las cosas propias del espíritu, he creído conveniente explicar en este capítulo las ventajas de la vida contemplativa sobre la activa, de modo que los que desean abrazarla se sientan de veras animados, y los que la eligieron la abracen más y más y la mantengan con todo interés.

El don de la contemplación es un don extraordinario, a pocos concedido; por eso el que lo posee, que lo conserve tenazmente y no lo abandone en lo que le quede de vida, porque seguirá perfeccionándose aún después de esta peregrinación. Conviene advertir, por tanto, que la vida contemplativa aventaja a la activa en muchos aspectos.

En primer lugar porque la contemplativa se orienta hacia lo mejor, o sea hacia Dios, mientras la activa mira al prójimo. La vida contemplativa consiste en poseer el amor de Dios con todas las fuerzas del alma, descansar de toda acción exterior, anhelar sólo la unión con el Creador y, pisoteando toda otra clase de preocupaciones, inflamarse en deseos de contemplar el rostro del Señor; sin embargo la vida activa, vistiendo al desnudo, acogiendo

al peregrino, educando al inferior, redimiendo al cautivo, protegiendo al violentamente oprimido, continuamente se purifica de sus culpas, y enriquece su vida con los frutos de las buenas obras.

Supera también la vida contemplativa a la activa en esto, en que ve con más claridad; pues el alma que desea los ocios de la contemplación ve más, pero engendra menor número de hijos para Dios; el que se entrega a la tarea de la predicación, ve menos, pero produce más. Ahora bien, todos reconocen que el que abraza una vida de retiro siente en sí mismo una suavidad inefable que proviene de la celestial sabiduría, y una luz gozosa que brota de las verdades ocultas, y que además esta dedicación a lo espiritual origina múltiples frutos al que está entregado a hacer el bien en la sociedad humana; avanzan por diversos caminos, pero se dirigen a la misma patria, e intentan llegar al mismo reino sirviendo con distintos oficios, fieles a la llamada de Cristo, Rey de todos.

También es más excelente la vida contemplativa porque supone mayor pureza. **He lavado los pies (dice la esposa entregada a la contemplación en el Cantar de los Cantares, 5,3 cómo volver a ensuciarlos;** es que en esas cosas que tenemos ante nuestra vista, nuestro corazón se disipa, se turba y se mancha; se olvida de su vida interior, al estar entretenida con ocupaciones exteriores. Si pues el hombre ha sido creado de tal modo que por medio de aquella facultad que en él sobresale, ha llegado a captar lo que aventaja a todo y que es verdaderamente lo mejor, sin lo cual ni la misma naturaleza puede subsistir, ni la ciencia tiene fundamento, ni la experiencia sirve para nada, el resultado es que el que quiera buscarlo, lo encuentre donde todo es para nosotros limpio, que pueda ser visto donde todo nos es cierto, que sea amado donde todo es justo.

Es así mismo más recomendable la vida contemplati-

va porque es más segura. El cuidado de las cosas temporales, está rodeado de muchos peligros y lleno de muchas espinas; encontrarse en medio de ellas sin recibir ningún daño, es cosa del poder divino más que de virtud humana; prueba de ello son los pocos que se libran, los muchos que naufragan. Por el contrario, **«en vano se tiende la red ante los ojos de los que tienen alas»** (Prov. 1,17), fácilmente esquivo los lazos de la mente el que tiene puestos sus ojos en el cielo; puede tenerse por seguro aquel camino en el que no hay nada que temer, cuyas dificultades se compensan con la tranquilidad del alma, se aligera con la práctica, se alimenta con el ocio santo, no se ve turbado por la molestia alguna, ni se siente constreñida por humanos razonamientos.

Es además más excelente la vida contemplativa que la activa porque es más tranquila. la vida contemplativa, una vez sosegado el desorden de los vicios, disfruta de la paz de Cristo tan deseada por el alma, mientras que la vida activa se ve turbada en muchas y con muchas cosas. Manda también el Señor que interrumpamos los trabajos del mundo, e invita a gozar de la dulzura del retiro santo; sin embargo la mente insensata de los hombres disfruta más corriendo tras lo escabroso de lo carnal que conservando la suavidad de lo espiritual; se encuentra más satisfecho en lo áspero de la fatiga que en lo dulce del descanso.

Otra ventaja de la vida contemplativa es que es más gozosa. A la vida activa le corresponde caminar entre preocupaciones, a la contemplativa un gozar para siempre; en ésta se conquista el reino, en aquélla se disfruta; ésta nos hace llamar a la puerta como con las manos de las buenas obras, la otra invita a entrar en la patria para lograr así la dicha total; en ésta se desprecia el mundo, en la otra se verá a Dios. **«Habitará mi pueblo en albergue de paz, en morada segura y en posadas tranquilas»** dice el Profeta (Isaías, 32,18).

También se descubre la supremacía de la vida contemplativa porque es más duradera. La contemplativa empieza aquí y se perfecciona en la patria celestial, porque el fuego del amor que aquí empieza a arder, se encenderá más y más con la vista del amado; pero el de la vida activa al dejar este mundo, no podrá dar pan al hambriento, porque nadie padecerá hambre, y tampoco podrá realizar las demás obras de misericordia porque no serán necesarias.

La excelencia de la vida contemplativa se manifiesta además porque es más preciosa, por lo mismo que es menos frecuente. La activa es cosa de muchos; la contemplativa, de pocos. Ya en el arca de Noé se representaba esto, pues se dice que la parte inferior era ancha, mientras la parte superior se remataba a un codo (Gen. 6,16). Vemos en efecto en la Iglesia cómo muchos están llenos de arrogancia, disfrutan con las cosas de este mundo, se enojan, se querellan, hieren al prójimo; la Iglesia los tolera, como si se tratase de la parte espaciosa del arca en que se nos dice que estaban las bestias. Vemos a otros que no roban lo ajeno, que aguantan con paciencia las injurias, que viven contentos con lo suyo, llevan una vida sencilla, que guardan con delicadeza los mandamientos divinos, pero como son pocos, se reducen las dimensiones del arca. Vemos todavía a algunos que abandonan sus posesiones; no tienen ningún apego a las cosas terrenas, aman a los enemigos, mortifican sus apetitos carnales; someten a la razón todas las pasiones; se consuelan en sus penas por el deseo de la celestial contemplación; y como son pocos, el arca se nos muestra terminando en un codo: allí se encontraban los hombres y las aves.

Por último, la vida contemplativa es superior a la activa porque es más parecida a la vida del cielo. Obras de la vida activa son: dar de comer al hambriento, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, encaminar al soberbio

hacia la senda de la humildad, cuidar a los enfermos, proporcionar a cada uno lo que le libere de cualquier mal. Ahora bien, como nada de esto se realiza en la patria, y la vida contemplativa no se ejercita en estas cosas, sino solamente en el conocimiento y en la alabanza del Creador, es evidente que la vida contemplativa ofrece una imagen de la patria celestial; allí veremos y amaremos, amaremos y alabaremos, en lo que consiste el gozo de la bienaventuranza, como dice el Profeta: dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre (Sal. 83,5).

Capítulo IX

Cualidades que debe reunir la oración para que sea perfecta.

En las cosas de este mundo se considera más sagaz y más prudente aquél que en sus negocios propios o ajenos, tiene en cuenta el modo, el lugar y el tiempo, y así puede llevar a buen término la obra comenzada. Lo mismo debe decirse al tratar de las cosas espirituales, y sobre todo de la oración, porque cuanto más excelente es la obra que se realiza, mayor debe ser el cuidado que en ella se pone.

Por tanto, como el ponerse delante de Dios para ofrecerle el sacrificio de nuestra alabanza es imitar a los ángeles, es muy útil conocer cómo debemos hacer nuestra oración para que sea en sí perfecta y grata al Señor, a quien nos dirigimos.

Primera cualidad, la atención. Cuando oramos debemos procurar que nuestra mente piense sólo en aquello que está haciendo; es algo indigno estar ante el Señor con

el cuerpo, mientras con la mente vagamos distraídos por los campos de inútiles pensamientos; el que pone su sentimiento y su corazón en la oración, siente a Dios presente en ella, no consiente distracción alguna, sino que recogiendo en su interior, se coloca en la presencia de Dios para expresarle lo encendido de su amor, la nostalgia de la patria, los trabajos de la peregrinación, la violencia de las tentaciones, las caídas frecuentes, sus muchas necesidades, los molestos ataques de enemigos invisibles; y todo ello para recibir el auxilio y la ayuda de lo alto según sus deseos. Y así como las oraciones que se hacen con atención y pureza de ánimo, arrancan de Dios lo que piden, así también son desatendidas las que se hacen con ligereza, con poca confianza, las que resultan perjudiciales, están llenas de preocupaciones temporales, y no van acompañadas de frutos de buenas obras.

Se ha de orar también con grandes deseos; a la oración ha de acompañar la intensidad del deseo; leemos en el Deut, 4,29 **Cuando busques al Señor lo encontrarás con tal que lo busques con todo el corazón.** El deseo ardiente es un clamor que Dios escucha. Con todo, no debemos pasar por alto que el alma no siempre consigue al punto lo que pide al Señor con deseos vehementes y se ve obligada a insistir una y otra vez en la oración; esto redundará más en provecho que en perjuicio del que ora, pues las peticiones, al parecer desoídas, hacen que el deseo eche raíces más profundas en el alma del que ora; así el grano de trigo, obligado por el hielo, se robustece más; tardará más en salir a la superficie, pero se desarrollará mejor y dará más fruto; los deseos santos se intensifican cuando se dilata su realización; y aunque por algún tiempo parece que sufren una contrariedad, eso mismo trae consigo una especial retribución.

Con lágrimas y gemidos se debe orar también; dice la Escritura (cfr 1 Reg. 1,10): Ana con su espíritu amargado

oró al Señor, derramando muchas lágrimas, y consiguió abundantemente lo que pidió. Nadie que haya recurrido llorando al Señor se quedará sin recibir lo que pidió; todo el que deseó con el corazón afligido un favor del Señor, lo consiguió; porque Dios mismo consuela a los que lloran, cura a los que sufren, infunde confianza a los que se arrepienten. ¡Oh lágrimas humildes, vuestro es el poder, vuestro es el reino; no tenéis por qué temer el tribunal del juez; impone silencio a los que acusan a vuestros amigos; no hay nadie que pueda prohibiros el acceso a Dios. Aunque entréis solas, no volveréis de vacío; ¿qué más? vencéis al invencible, atáis las manos del Omnipotente, movéis a compasión al Hijo de la Virgen, abríis los cielos, ahuyentáis a los demonios; sois alimento de las almas; fortaleza de los sentidos; remisión de los pecados; exterminio de los vicios; sois precursoras de las virtudes, compañeras de la gracia, alivio del alma, baño de culpas, aroma de vida, dulzura sabrosa del espíritu, experiencia de perdón, salud de la inocencia que vuelve, alegría de la reconciliación, suavidad de la conciencia que consiguió la paz, y segura esperanza de eterna salvación. El que acompañe su oración con lágrimas, que se regocije; podrá marcharse seguro.

Finalmente, debemos orar con humildad: «volvió sus ojos el Señor a la oración de los humildes, y no despreció sus ruegos» (Sal 101,18). Ofrece a Dios una súplica perfecta el que ve con humildad qué poca cosa es; el que no se atribuye virtud; el que reconoce que lo bueno que hace, procede de la misericordia de Dios. Por el contrario, no pueden ofrecer al Señor una oración perfecta, ni son capaces de contemplar la sabiduría de Dios, los que se creen sabios; porque se alejan de la luz divina en la medida en que son menos humildes en su interior; en efecto, al crecer en sus almas el tumor del orgullo, se les cierra la puerta de la oración pura y de la elevada con-

templación; y así por el hecho de creerse con mayores luces que los demás, se privan de la luz verdadera.

Otra cualidad de la oración es la perseverancia; no merece ser escuchado por el Señor en la oración el que no pide con ánimo confiada y con esfuerzo perseverante; así como no alcanza el trofeo en una competición el que desfallece antes de llegar a la meta, se privará del fruto de la oración el que al orar, no se muestre importuno: claramente lo demuestra el Señor Jesús cuando propone el ejemplo del juez injusto; no temía a Dios, ni le importaban los hombres, pero fue vencido por la audacia de la viuda, que consiguió se le hiciese justicia frente a su adversario. Que ninguno de nosotros desfallezca en su oración; que nadie la menosprecie, pues el Señor a quien dirigimos nuestra oración, no la menosprecia; no bien ha salido de nuestros labios, ya la está escribiendo él en su libro, por lo cual podemos esperar sin que nos quepa la menor duda, una de estas dos cosas: que nos dará lo que pedimos, o lo que el cree que nos será más útil. Estas son las cualidades que hacen perfecta nuestra oración.

Capítulo X

Trataré de los grados de la contemplación, a la que debe tender toda clase de oración.

Todo buen caminante acostumbra a hacer el firme propósito de no abandonar el camino hasta llegar a la meta que se había trazado. Lo mismo hacen los combatientes: no se retiran del campo de la lucha hasta conseguir una completa victoria. En todo asunto, en cualquier

negocio se ha de tener en cuenta el fin; obra que no se termina no merece ser alabada; es digno de reprensión comenzar y no acabar.

Esto sucede en la agricultura; en la construcción de una casa; en el estudio de las letras; al tratar de corregir las costumbres: con más razón aún cuando se quieren conseguir las virtudes. Si no hemos avanzado en virtud, hemos corrido en vano.

Por tanto, los que se encuentran en el estado de oración de quietud, y todos los que se han propuesto unirse al Señor y hacerse con él un solo espíritu por medio de la virtud y el ejercicio de la oración, se esfuerzen en no dar descanso alguno a su espíritu, que no decaigan de sus buenos deseos hasta conseguir su propósito.

Pero para que no se sientan engañados por ignorancia, pensando erróneamente que han llegado ya a la cumbre, he creído conveniente y pienso que será provechoso, describir en este último capítulo del tratado, los distintos grados de oración, a través de los cuales, los que se encuentren en el estado de quietud, pueden llegar a la cumbre de la contemplación, que es el fin de la oración, como se ha puesto antes de manifiesto.

Seis son los grados de la contemplación por los que un alma que trata de aprovechar puede llegar al puerto de la verdadera quietud.

El primer grado se encuentra en la imaginación. Para que nuestra contemplación se apoye en la imaginación, observaremos admirados las cosas corporales que nos entran por los sentidos: su multitud, su grandeza, su diversidad, su hermosura, el placer que nos proporcionan; y en todas estas criaturas admiraremos y veneraremos el poder de aquella divina esencia, su sabiduría, su liberalidad. Porque es digno de toda veneración el que con un poder tan admirable colocó astros tan bellos en el cielo; pobló el aire con multitud de aves, las aguas con diversidad de

peces, la tierra con animales de todas clases; dio fecundidad a la misma tierra para que produjese frutos tan variados, árboles, hierbas y flores innumerables. Todas estas cosas con su dignidad y grandeza revelan maravillosamente la grandeza de Dios. Esto tiene en cuenta el Profeta, cuando exclama lleno del Espíritu Santo: **Señor, Dios nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra; desde la salida del sol hasta su ocaso, alabado sea tu nombre, oh Señor!** (Salm. 8,2).

El segundo grado se ejercita en la imaginación, pero apoyándose a la vez en la razón; porque trata de escudriñar el orden de las cosas, su disposición, las causas, el modo, su utilidad. En esta consideración vislumbra el que contempla, una luz especial de la bondad dividan, que se comunica de modo admirable aún a las cosas insensibles, proporcionándoles la virtud de curar, la facultad de procrear, el don de comunicar fortaleza, y muchas otras cualidades. A unos objetos concedió la suavidad de su olor; a otros la dulzura del sabor; a otros lo precioso de su valor; así dio diversas propiedades a diversos elementos, según el beneplácito de su voluntad. Contemplando todo esto, el alma no puede menos de exclamar, llena de admiración, con el Profeta: **Qué maravillosas son tus obras, Señor; todo lo hiciste con sabiduría.** (Salm. 103, 24).

El tercer grado se consigue cuando, por la contemplación de las cosas visibles, nos elevamos y, como llevados de la mano, nos adentramos en lo invisible; oigamos al Apóstol: **porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, es decir, su eterno poder y su divinidad, resulta visible para el que reflexiona sobre sus obras.** (Rom. 1,20). En efecto las cosas visibles manifiestan a su Creador, y a su modo proclaman: **El nos hizo y suyos somos** (Sal. 99,3).

Al contemplar admirada todo esto, el alma se encuentra iluminada con una especie de dulzura, e, inundada